

www.elboomeran.com

PATRICK DENNIS

LA VUELTA AL MUNDO
CON LA TÍA MAME

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Around the World with Auntie Mame*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1958 by Patrick Dennis, 1983, 1990 by la familia Tanner. Edición contratada a través de Broadway Books, un sello de Crown Publishing Group, división de Random House Inc.

© de la traducción, 2013 by Miguel Temprano García
© de la ilustración de la cubierta, 2003 by Edwin Fotheringham
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, ilustración de Edwin Fotheringham

ISBN: 978-84-15689-84-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 291-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rígidamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA TÍA MAME Y LA POSTERIDAD

Ya casi estamos en Navidad y la perspectiva me resulta cada vez más odiosa. Las tiendas que no colocaron sus adornos por San Miguel se apresuraron a hacerlo con descarada ostentación en Halloween. En todas las esquinas hay altavoces que berrean villancicos enlatados. Los dependientes de Saks están más hoscos, los de Lord & Taylor más altivos y los de Bergdorf más quejosos que en ninguna otra época del año.

Por todas partes veo niños a quienes llevan de la mano a pedir carísimos regalos a los Santa Claus de los departamentos de juguetes. En los trenes de cercanías veo cada noche a padres cargados con enormes paquetes y hablando, no de los impuestos, ni de política, ni de la Bolsa, sino de las complejidades de montar trenes eléctricos y bicicletas inglesas.

Odio ir a diario al despacho porque lo único que me espera allí es un mensaje de ese idiota pomposo del Departamento de Estado explicando que siguen sin conseguir ninguna información fiable, pese a que están haciendo todo lo que está en su mano; un cable de la condesa de Upshot (antes conocida por Vera Charles) asegurando que estuvo a punto de toparse con ellos en el funeral del Aga Kan en julio, y que le *pareció* verlos en septiembre en el aeropuerto de Copenhague; y una farragosa carta de mi empleado en Londres, Percy «Peekaboo» Pankhurst, en la que me anuncia que su agencia de detectives sigue sobre su pista y me pide que le envíe otras cien libras.

Y odio aún más volver a casa de noche. Es una casa de estilo georgiano en Verdant Greens, una comunidad de dos-

cientas viviendas de cuatro estilos distintos a poco más de una hora de Nueva York, si el tren no lleva retraso. Mi mujer y yo la odiamos. También odiamos Verdant Greens. Nos mudamos allí cuando nació nuestro hijo para que pudiera pisar la hierba, respirar aire fresco y asistir a una escuela más bien mediocre bajo la penetrante mirada de un grupo de madres entrometidas de Verdant Green que chapurrean la jerga psiquiátrica. Y últimamente mi mujer y yo incluso hemos llegado a odiarnos el uno al otro. Nuestra carísima y mal construida casita de siete habitaciones, dos baños y medio y una buhardilla se ha convertido en una concha vacía y hueca, la cárcel de dos personas solitarias, silenciosas y frustradas. El hijo por cuyo bienestar compramos la casa ya no está con nosotros. Lo secuestraron en 1954.

Cuando digo que lo secuestraron no me refiero a que recibiéramos notas de rescate ni a que encontráramos una escalera apoyada en la pared. Se marchó, recién cumplidos los siete años, con nuestros besos y bendiciones. Incluso lo despedimos con la mano en el aeropuerto de Idlewild cuando el enorme avión de la Pan-American se lo llevó a la India. Pero no hemos vuelto a verlo, y apenas hemos tenido noticias suyas desde entonces. Eso fue en junio de 1954. Se suponía que estaría de vuelta a primeros de septiembre para empezar a tiempo la escuela. Han pasado dos años y medio y ahora nos enfrentamos a otras Navidades melancólicas sin Michael en casa. ¡Y todo porque a la tía Mame le cayó en gracia el niño y quiso llevárselo a hacer un viajecito!

Mi tía Mame es una mujer muy peculiar. Cuidó de mí cuando me quedé huérfano a los diez años. No porque nadie lo quisiera—ni mucho menos—ni porque ella tuviese el menor deseo de ocuparse de un niño solitario e hijo único du-

rante sus buenos tiempos en 1929. Sencillamente, era mi única pariente con vida. Los dos acabamos juntos y tuvimos que contentarnos con eso.

El caso es que me cuidó a su desastrada manera, para espanto de mi fideicomisario, el señor Dwight Babcock, de la Knickerbocker Trust Company, de los profesores de la Academia San Bonifacio en Apathy, Massachusetts (donde acabó matriculándome el señor Babcock después de las incursiones de mi tía Mame en la educación progresista), y a veces incluso para mi propio espanto.

La tía Mame y yo vivimos en muchos sitios. Ocupamos un dúplex en Beekman Place en los años veinte cuando la tía Mame era todavía la señorita Dennis, todavía rica y todavía en su fase japonesa. Vivimos en una cochera en Murray Hill durante la Depresión, antes de que la tía Mame encontrara el amor, el matrimonio y se hiciese aún más rica como señora de Beauregard Jackson Pickett Burnside. Durante una temporada vivimos en una plantación de Georgia con el tío Beau. Luego, cuando la tía Mame se convirtió en la novena viuda más rica de Nueva York, vivimos en una mansión en Washington Square. También vivimos en diversos lugares de todo el mundo hasta que crecí y me casé. Después, la dirección de la tía Mame—siempre que se quedara el tiempo suficiente para tener una—fue el hotel St. Regis. Hoy no sé dónde estará viviendo la tía Mame. Ojalá lo supiese, porque ahí es donde vive también mi hijo Michael. Suponiendo, claro, que siga con vida.

Pero por muy excéntricos y poco ortodoxos—sus detractores han utilizado adjetivos como «depravados» y «demenciales»—que fuesen los métodos de crianza de mi tía Mame, no creo que ninguna de las cosas poco habituales que hizo conmigo me perjudicaran lo más mínimo.

No obstante, mi mujer, Pegeen, no es de la misma opi-

nión. Cuando llegué anoche a Verdant Greens, la encontré esperándome en la puerta.

—Aquí fuera hace frío, cariño—le dije dándole un beso—. ¿Ha llegado el correo? ¿Alguna tarjeta de Navidad especialmente horrible?

Pegeen sabía perfectamente a lo que me refería y no se abstuvo de decírmelo.

—Sé perfectamente a lo que te refieres. Quieres saber si hay noticias de nuestro hijo o de esa loca que se lo llevó. Y la respuesta es «no». Igual que cada día de los últimos cuatro meses. ¡No! ¡No! ¡No! Dios mío, Patrick, no como, no duermo y ni siquiera puedo pensar de lo preocupada que estoy al imaginar a mi niño en manos de esa vieja chiflada. Que sepamos, el pobre Michael podría estar muerto y enterrado.

—¡Oh!, no lo creo. Seguro que nos habríamos enterado.

—¿Enterado? ¿De qué nos hemos enterado? ¡Seis cables, cuatro míseras líneas en unas cuantas tarjetas postales: el Taj Mahal, una casa de baños en Tokio, un monasterio tibetano, un edificio de apartamentos en Tel Aviv que parecía una cómoda con todos los cajones abiertos, el Hilton de Estambul, el Festival Mozart, *Animation sur la plage* desde el cabo de Antibes, y otra docena parecida, y ni una palabra más de nuestro niño en dos años y medio!

—Eso no es cierto, Pegeen. Tanto Michael como la tía Mame se han acordado siempre de nuestros cumpleaños, nuestro aniversario, Navidad... y, además, han sido muy generosos. Todavía llevo aquella bata china de...

—¡Navidad! ¿Cómo puedes *pronunciar* siquiera esa palabra? Éstas serán nuestras terceras Navidades sin un niño en la casa. ¿No ves que todo el mundo en Verdant Greens debe de estar murmurando?

—Seguro que están murmurando, pero no me interesa lo bastante para...

—El niño casi tiene diez años. No lo he visto desde que tenía siete. Ya no podrá ser lobato en los *boy scouts* y yo tampoco podré ser monitora.

—No, si puedo hacer algo por impedirlo.

—De acuerdo, reconozco que suena patético, pero piensa en las otras cosas que se está perdiendo. Una escuela como es debido. Relacionarse con niños de su edad. Deportes. La escuela dominical. Las Navidades.

—Tonterías—respondí procurando aparentar toda la indiferencia posible, porque estaba tan preocupado por Michael y la tía Mame como Pegeen, pero no quería que se me notara—. Como decía siempre la tía Mame, se podía aprender más en diez minutos en su sala de estar que en diez años en el colegio. Y tenía razón. Me relacioné con más niños de mi edad de los que habría querido. Y por lo que se refiere a las Navidades, me hizo siempre unos regalos increíbles.

—¿Como qué?

Lo único que pude recordar a bote pronto fue una lista de objetos que difícilmente habrían tranquilizado a una madre preocupada: un caimán vivo, una espada de samurai, un chimpancé que murió al poco tiempo y un abono vitalicio para la academia de baile de Arthur Murray.

—¡Oh!, nada. Varias cosas muy bonitas.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que nos ha robado a nuestro hijo? Si entrara ahora en este cuarto no reconocería a sus propios padres. ¡Oh, sé muy bien lo que pretende! Yo también soy mujer. Su plan es quedarse para siempre con nuestro hijo para educarlo según su capricho, de acuerdo con sus opiniones sobre la vida (la vida vista por Mame Dennis Burnside), y que acabe siendo tan descerebrado y excéntrico como ella.

—Un momento—dije—. Cuidó de mí desde los diez años

hasta que escapé de sus..., es decir, hasta que te conocí. ¿Tan raro te parezco? ¿Acaso no me ducho todos los días y tengo un trabajo honrado en una empresa respetable? ¿Es que guardo una colección de botas y látigos en el sótano? ¿No pago mis impuestos y vuelvo a casa cada tarde en el tren de las seis y tres minutos? A veces casi me gustaría ser un poco más divertido..., un poco menos gris.

—A mí también me gustaría, pero eso no viene al caso. Lo que viene al caso es que tu tía se llevó a nuestro hijo hace dos años y medio. Prometió traerlo a principio de curso, y ya estamos en 1957 y...

—No seas injusta, Pegeen. La tía Mame no precisó a principio de qué curso.

—¡No me interrumpas! Poco a poco, se ha hecho dueña de la situación. Primero un cable rogándonos que lo dejásemos quedarse hasta Navidad. Nunca debería haber consentido, pero lo hice. Luego una larga carta contándome lo bien que se le daba esquiar, lo maravillosa que estaba la nieve en Chamonix y que Michael tenía muchas aptitudes para el francés. La clave fue lo del francés. Conocía mi debilidad por Racine.

—A mí siempre me ha parecido aburrido.

—Lo siguiente que supimos es que doña Generosa había metido a nuestro hijo con un traje de buzo entre los tiburones, las barracudas y qué sé yo...

—Hace un momento te quejabas de que no practicaba deportes.

—Y luego esa maravillosa oportunidad de entrar en la Ciudad Prohibida y jugar con el Dalai Lama. Después una audiencia papal. Luego el deán rojo de...

—También te quejabas de la religión.

—Me quejo de todo. Bastante malo era cuando sabíamos dónde estaban. Pero en los últimos cuatro meses no hemos

recibido ni una palabra: ni una carta, ni un telegrama, ni siquiera una línea garrapateada en una postal. Esa chiflada tía tuya probablemente tenga a ese niño inocente fumando, bebiendo y consumiendo drogas...

—¡Vamos, no seas ridícula! El niño empezó a esconder cigarrillos a los seis años. Siempre le has dejado olisquear ese producto con el que te quitas el esmalte de uñas. Y tu padre le daba traguitos de cerveza cuando todavía estaba en la cuna. La tía Mame será poco ortodoxa, pero es de fiar. No estoy nada preocupado—mentí.

—¡Lo ves! Te ha educado para ser un padre desnaturalizado. Pues bien, yo sí lo estoy. ¡Me muero de preocupación! Él es demasiado pequeño y ella demasiado vieja.

—Si te oyera, te sacaría los ojos. Además, es una compañera de viaje muy animada. De eso puedo dar fe. Me llevó a dar la vuelta al mundo, y ¿dónde estoy ahora? En Verdant Greens. Ganando peso, cada vez con menos pelo, casado, asentado y convertido en un hombre de mediana edad.

—¿Cuándo te llevó a dar la vuelta al mundo?

—¡Oh!, hace mucho tiempo. Antes de la guerra.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿No te lo había contado? Bueno, probablemente sería porque no hay mucho que contar. No sé, Pegeen, hicimos lo que hacen siempre los turistas.

—Tenemos toda la noche por delante. Puedes contármelo ahora. ¿Cuándo hicisteis ese gran viaje?

—¡Oh!, hace mucho tiempo. Hará diez, quince o veinte años. En 1937, justo después de que me expulsaran..., de que concluyera mis estudios en la Academia San Bonifacio, antes de ir a la universidad.

—¿Cuánto tiempo pasasteis fuera?—preguntó Pegeen.

—Bueno, fue por un tiempo indefinido. Casi todos los viajes que hace la tía Mame lo son, y rara vez llega a algún

sitio a tiempo. Lo que podría explicar que Michael tarde tanto en volver a casa.

—¿Dos años y medio?

—¿Por qué no nos tomamos una copa, cariño?

—Siéntate y empieza a hablar. Te escucharé mientras preparo las bebidas. Ya puedes empezar.

—La verdad es que no hay nada que contar. Michael fue a la India y empezó desde ahí. Nosotros hicimos al revés.

—¿Cómo que al revés?

—Pues partimos en mayo de 1937 en el viejo *Normandie*. ¡Eso sí que era un barco!

—Lo he visto—dijo Pegeen, alcanzándome una copa—. Continúa.

—No íbamos a llevarnos a Ito...

—¿Te referes a ese inane mayordomo japonés suyo que siempre se ríe?

—Ito siempre ha sido un buen amigo—dije con dignidad—. Tanto mío como de la tía Mame. Después se reunió con nosotros, pero partimos solos, en la suite Deauville del *Normandie*; cenábamos todas las noches con el capitán y viajábamos con toda la pompa y circunstancia del mundo. Y no hay mucho más que contar.

—Continúa—dijo Pegeen en un tono que daba a entender que no estaba para bromas.

—Pues, si no me acuerdo mal, el *Normandie* atracaba en Francia.

—¿Y...?

—Y fuimos a París...